

Recuperar la mística y la profecía en la vida consagrada.

XXXI semana de estudios monásticos. Salamanca. 2007

Alejandro Fernández Barrajón, O de M

Hay un refrán castellano, lleno de sabiduría, como casi todos los refranes, que dice:
“Cuando un burro coge una linde, la linde se acaba y el burro sigue”

Tal vez este refrán pueda justificar mi empeño por haber accedido a hablar sobre mística y profecía. Porque no me siento místico -¡ya quisiera yo!- y estoy a años luz de ser profeta.

Pero tampoco me he atrevido a decir que no porque si los cristianos renunciamos a la mística y a la profecía, y aún más los consagrados, entonces nuestra experiencia de Dios es una pintura para exteriores o una cáscara que no nos permite acceder a la semilla. Los consagrados, como las conchas, tenemos que cuidar en nuestro interior esa intuición preciosa de buscar a Dios hasta que nuestro empeño acabe transformándose en perla valiosa de nácar o de fidelidad.

La mística y la profecía sólo se entienden en el contexto de una creación que se descubre como un don, como un marco de sentido total, como una vocación para la libertad y la felicidad. Sólo descubriendo esta gozosa realidad nos ponemos en camino de la mística y nos encontramos, aún sin pretenderlo, con la profecía.

La mística es un descubrimiento del hambre voraz que acompaña al ser humano en cada etapa de su vida, de su pequeñez y limitación y, a la vez, de esa grandeza interior que nos lanza a la búsqueda de lo infinito. El hambre de ternura, de lugar, de afecto, de dignidad, de presente y de futuro...el hambre de Dios nos empuja a la mística como el ciervo a las fuentes de agua.

Y a la mística sólo accedemos cuando hay en nosotros una experiencia fundante de amor. Un amor que hemos recibido sin medida y nos ha hecho crecer, un amor que percibimos en nosotros hacia los otros y a todo lo que nos rodea y un amor al que somos convocados porque no hay otra misión en la vida más interesante que el amor. Todos los místicos están colmados de un amor desbordante que los lleva a la locura de la palabra, a la metáfora atrevida, al lenguaje provocador porque el amor es lo más provocador que existe. Por eso podemos decir con seguridad que todo místico es antes que nada un enamorado.

Tiempo de místicos y profetas.

Estoy convencido de que estamos en un tiempo favorable para los místicos y profetas.

Y tal vez sean hoy más necesarios que nunca porque escasean. El espíritu consumista y pragmático de nuestro tiempo no es amigo de místicos y profetas. Tal vez por eso se consolidan los sistemas opresores, se enciende la mecha de la guerra y los ideales que han sido capaces de transformar el mundo se esconden en los baúles de los desvanes esperando mejor ocasión. Bruce Springsteen, acaba de sacar su último disco el 27 de agosto, y dice en una de sus letras: “a ver si ahí fuera queda alguien vivo”

Muchos de los que postulaban a profetas en los años sesenta se han convertido en brillantes ejecutivos y banqueros en la postmodernidad.

Como en tiempo de Samuel, también hoy son raras las profecías. Y cuando aparece alguien con pinta de profeta enseguida se encargan los vigilantes de la nave de convertirlo en raro, sospechoso, disidente o extremista para que no perturbe excesivamente el orden establecido.

Las crisis que van surcando la historia, y este presente nuestro no es otra cosa que una crisis estructural, hacen posible que muchos hombres y mujeres tomen distancia para ver mejor la situación desde lejos y tomar opciones adecuadas. Esta crisis es una oportunidad envidiable para los profetas y los místicos. Dice Casaldáliga que “*la crisis es la fiebre del Espíritu. Donde hay fiebre hay vida. Los muertos no tienen fiebre*” (Pedro Casaldáliga. Utopía necesaria como el pan de cada día. CLAR. Año XLIV. Enero-Marzo de 2006. Pág. 71)

Allá por el siglo IV los monjes se retiraron al desierto para apartarse de una vida excesivamente regalada y cómoda, y poder así encontrar al Dios anhelado. Otra vez el hambre.

A partir del Concilio Vaticano II muchos consagrados se retiraron de una vida desacomodada con el mundo y se marcharon al desierto de las chabolas, de los suburbios, de los barrios marginales, sobre todo en América latina.

Este retiro supone contemplar la realidad desde otra orilla e ir tirando el lastre que pesa, que paraliza, que entorpece ese deseo profundo de buscar a Dios y vivirlo todos los días sin violencia interior, sin tantas trabas y defensas, sin tanta normativa aunque sea actualizada.

Peregrinar de vez en cuando es muy saludable para el cuerpo –que se despoja de michelines- y para el alma que se despoja de superficialidades. Os lo digo yo que he sido peregrino a pie a Santiago de Compostela desde Roncesvalles y guardo esa experiencia como una recapitulación de toda mi vida. Hay que tomar distancia si queremos vislumbrar lo que significa la mística y la profecía. Hay que ponernos en camino y peregrinar como Moisés, como Jonás, como Elías... como todos los místicos y profetas de todos los tiempos... Y hay que hacerlo desde la fragilidad de lo que somos, desde la humildad de quien empieza, desde la condición de discípulos.

Esta peregrinación no es para evadirse del mundo sino para encontrarse con el mundo, para pisarlo con nuestros propios pies, para recorrerlo con nuestra propia mirada. Por culpa de la “fuga mundi” practicada en el pasado estamos pagando ahora una factura muy dolorosa de indiferencia de la sociedad hacia la Iglesia. Y esto porque tal vez la Iglesia – siempre entiendo por Iglesia al conjunto de los creyentes- ha sido antes indiferente con la sociedad. Evadirse no parece el mejor camino para los hombres y mujeres de Dios aunque todavía se practique con vehemencia. Los místicos no pueden ser estáticos y paralizados señores del Espíritu, porque el Espíritu es dinámico, guerrero, imprevisible. Y nadie, aunque algunos lo pretendan, pueden adquirir la patente del Espíritu.

He querido, antes de preparar mi ponencia, preguntar a algunas personas de mi pueblo, un pueblo pequeño de la provincia de Ciudad Real, qué entendían por místico y esto es a grandes rasgos lo que me han respondido:

- Quienes se dedican a las cosas espirituales.
- Los que están en las nubes.
- Alguien que vive en clausura dedicado exclusivamente a Dios.
- Los que creen que el mundo es malo y se retiran a un lugar más sereno.
- Son esos que se elevan ¿no?
- ¡Ah! Pero... ¿existen todavía?

Tal vez sea bueno entonces comenzar diciendo lo que no es un místico:

No es un místico, aunque lo parezca, el que separa su experiencia de Dios de la vida cotidiana. No hay místico auténtico que no tenga los pies en la tierra. El místico, para serlo, tiene que haber entrado a fondo en la humanidad de sí mismo y de los otros. Es un lector apasionado de la vida, de sus miserias y de sus posibilidades, un hombre, una mujer, que han puesto a funcionar a todo motor sus sentidos: para ver la realidad con hondura y sin prejuicios ideológicos o partidistas (Como le sucedió al profeta Miqueas) *“Sois vosotros los enemigos de mi pueblo, pues le quitáis la manta al hombre bueno y declaráis la guerra al que vive tranquilo. Arrancáis de sus hogares tan queridos a las mujeres de mi pueblo y les quitáis a sus hijos la libertad que yo les había dado”* (Miqueas, 2, 8-9) ; para oír la realidad que grita a veces de manera insultante (Como hizo Moisés) *“He visto la humillación de mi pueblo en Egipto y he escuchado sus gritos”* (Ex 3, 7); para tocar la realidad sin ascos ni espiritualismos castrantes (Como hizo Jesús) *“Un leproso se acercó, se arrodilló delante de él y le dijo: Señor, si quieres puedes limpiarme. Jesús extendió la mano, lo tocó y le dijo: quiero; queda limpio”* (Mt 8, 2) *“Le presentaron a un sordo que hablaba con dificultad... Jesús lo apartó de la gente, le metió los dedos en los oídos y con su saliva le tocó la lengua...”* (Mc 7, 32-33)

No es un místico el que interpreta y vive su mística como un alejamiento del mundo. Ese dualismo entre el mundo y Dios, lo espiritual y lo material, lo santo y lo profano conduce no pocas veces a rupturas interiores y a lecturas creyentes de la realidad mutiladas. La experiencia de Dios no puede quedarse en lo abstracto, en lo indeterminado, en lo espiritual, en las nubes; para ser real tiene que encarnarse. Estamos hablando de un Dios encarnado y no de un fantasma espiritual. *“Mientras esto hablaban, se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz sea con vosotros. Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Él les dijo: ¿Por qué os turbáis y por qué suben a vuestro corazón esos pensamientos? Ved mis manos y mis pies, que yo soy. Palpadme y ved, que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Diciendo esto, les mostró las manos y los pies. No creyendo aún ellos ..., les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? Le dieron un trozo de pez asado, y tomándolo, comió delante de ellos”* (Lc 24, 35-48)

El místico no es el que opta por Dios como contraposición o huida de lo malo que es el mundo. Más bien es la vivencia profunda de lo mundano, con sus luces y sus sombras, lo que lanza al místico a una búsqueda incansable de lo divino. Confundir la mística con la clausura o la huida es como confundir las sardinas con los boquerones en vinagre.

El místico no es el hombre que opta por la negación de sí mismo y quiere pasar desapercibido. Esto puede convertirse fácilmente en narcisismo porque la persona y su

perfección se convierten en fin de la propia experiencia espiritual. No es una buena propuesta “el estado de perfección” para un místico. Precisamente porque si alguien no debe ser el centro de una experiencia mística es el propio místico. Y el estado de la perfección parece un lugar que hay que conquistar y una vez conquistado tenemos derecho a la medalla correspondiente. Los místicos no son aquellos que han obtenido una condecoración en la guerra del Espíritu. Los místicos son, más bien, mutilados de guerra, heridos por la ráfaga del Espíritu, interpelados y traumatizados por los sufrimientos inhumanos de la humanidad. Al auténtico místico la compasión le sale hasta por las orejas.

El místico no puede ser tampoco el mago, el que se eleva, el extraño que rompe las fuerzas de la gravedad, el intocable. Si es verdad que la mística es un don, no lo es menos que toda la fe cristiana. Por tanto el místico no es un hombre extraño, especial y extravagante, a no ser que todos los creyentes lo seamos. La mística tiene que ver con las opciones firmes y coherentes que una persona toma para que Dios ocupe el centro de su vida sin desplazar para nada a los hermanos, el centro del castillo interior, como decía Santa Teresa.

El místico no es tampoco el que ha conseguido en un momento puntual un don especial como si le hubiera tocado la lotería en la tómbola del Espíritu. La mística es amiga del proceso, de la accesión continua que se empeña en sembrar sin prisas para obtener la cosecha. Tal vez por eso la mística no se entiende demasiado en este tiempo de fragmentaciones. Desilusionados por la lentitud con que el mundo avanza en las conquistas sociales cunde la frustración y el desánimo y nos refugiamos, o más bien nos consolamos, en propuestas pequeñas y cerradas en sí mismas en las que podemos fácilmente tocar los límites. Tal vez por eso renunciamos a la accesión y nos lanzamos a aventuras muy pequeñas, a narraciones muy cortas, a experiencias simples que nos permitan obtener la recompensa inmediata. La cultura de la modernidad está simbólicamente muy bien expresada en la cultura de los anuncios, breves, directos, intensos, constantes. No en vano la cultura del botellón congrega a miles de jóvenes cada fin de semana con la misma pasión que los novicios. Mística y accesión se necesitan mutuamente para ser. La mística es una conquista larga y paciente de quien se siente convocado al descubrimiento de la Trinidad como misterio supremo de amor y comunión. La mística es el cúlmen de una decisión transformante capaz de superar el individualismo para salir al encuentro de Dios en los otros, en la vida, en la creación, en la justicia.

Tenemos que evitar la tentación siempre anhelada de construir una casta mística por encima del común de los mortales. Lo primero que es un místico es hombre y mujer y cuanto más lo sea más místico puede llegar a ser. Pero esta tentación de situarse por encima de los mortales siempre ha existido en la mística. Entre los monjes primeros de la historia de la Iglesia encontramos a los estilitas, los que se alejaban del resto de los mortales subiéndose en una columna. O los dendritas que habían decidido separarse de este mundo y de sus criaturas, en aras de la perfección, viviendo en los árboles. O los idiotas que se hacían el loco para que se alejaran de ellos y les permitieran vivir su experiencia religiosa acotada en parcelas privadas de desencuentro. La primera selectividad que hay que aprobar para ser místico es la de la humanidad. Porque un místico es el que ha sido y sigue siendo sobre todo humano.

La mística del hombre que se despoja del yo, que se vacía de sí mismo, que se desentiende del amor humano, que pierde su propia identidad en aras de una identificación absoluta con lo absoluto es una aventura más psiquiátrica que cristiana. Yo siempre he dicho que hemos de tener miedo de los que mean agua bendita. La mística brota de la experiencia transformante del amor, del anhelo, de la búsqueda apasionada, de la necesidad de un amor sanante y totalizante que nos rescate de la ambigüedad, de la superficialidad, del hastío de quien todo tiene y nada le devuelve su plenitud.

La mística es sobre todo encuentro, deseo de salir hacia el otro, experiencia profunda de humanidad que nos lanza a la pasión del amor sin límite:

¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste Amado con amada
Amada en el Amado transformada!

El místico no pretende negar nada de sí o de los otros o del mundo, más bien quiere potenciar, afinar, agudizar el oído y los ojos del corazón para ver más allá, para sentir que la realidad está perforada por la experiencia de Dios, atravesada como un eje transversal por un Dios que rezuma amor por todos los poros de su creación. “Lo esencial es invisible a los ojos” dice el Principito de Saint de Exuperit.

El místico budista, que conforma el monacato ya desde el siglo VI antes de Cristo ha percibido que las cosas son pura apariencia y va elaborando en su percepción una visión negativa de la vida porque todo conduce al sufrimiento. Para ello es necesario aplastar el deseo como camino de auténtica purificación que conduzca a la paz o al nirvana anhelado. Esto es más una filosofía que una religión. Esto no es mística cristiana aunque tenga algunos rasgos en común.

Por el contrario el místico cristiano parte del deseo, del hambre y de la sed, y trabaja su deseo para que sea ardiente y apasionado. “*mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?*” Por eso su camino de purificación no le lleva a ver la realidad como algo negativo sino más bien a descubrirla como un regalo, como un gozo, como un encuentro, como lugar donde Dios habita, habla y actúa. Esto es más una religión que una filosofía.

Y siempre de la mano de la paradoja. A la presencia se llega desde la ausencia. “*sali tras ti clamando y eras ido*” El místico habla siempre desde la dilogía porque el lenguaje es más pobre que la experiencia y sólo las palabras que expresan más de una única realidad pueden acercarse a la riqueza experiencial de quien se siente en la atmósfera de Dios.

El místico nace del hombre y no el hombre del místico. El místico no es un hombre frustrado que busca refugios y medicinas más allá de la realidad circundante. Es un herido que busca ser hombre, que anhela ser hombre con todo lo que eso significa y para ello acaba descubriendo a Dios. Porque Dios es quien confiere la plenitud a todo lo humano.

No es posible llegar a ser místico sin haberse enamorado apasionadamente, porque la experiencia mística es misterio de amor sobre todo. El místico no puede alcanzar a Dios eso sería como actualizar el pecado de orgullo de Babel; el místico es el que se deja alcanzar, el que no se resiste al amor, el que ha amado mucho y por eso se pone a tiro

porque sabe de amor. El que se ha despojado de muchas resistencias humanas como el enamorado y entra en un periodo de infantilismo que le lleva a una infancia espiritual para apoyarse en el Amado, para vivir para el Amado, para fusionarse con el Amado. ¿Es un infantil el enamorado? Es un hombre maduro que ha elegido ser infantil para recorrer un proceso desde el inicio hacia la madurez. Sólo el niño puede llegar a hacerse maduro si se lo propone. El maduro lo más que puede es retroceder, caer en una regresión e interrumpir un proceso de madurez creciente. Sólo el que se hace como un niño entrará en el Reino de los cielos.

Existe un peligro muy frecuente de separar a Dios de las cosas y distinguir entre experiencia humana y experiencia religiosa. Nos gusta fragmentar la realidad y tal vez la enfermedad más extendida de nuestro tiempo sea la fragmentación. Vivimos como en compartimentos estancos, a saltos, con metas muy cortas, sin horizontes definitivos y estables, sin valores consensuados. Y así nos va.

La gran tentación del místico es separar su experiencia de Dios de las cosas. Como si fueran instancias incompatibles. Y cuando eso sucede el místico deja de serlo. Dios no es una realidad que se suma a las cosas, como un adorno artificial. Dios no es la realidad material que nos rodea pero parece claro que sólo podemos percibirlo en esta realidad. Porque no hay otra para nosotros. Es la realidad de Dios y nuestro Dios es el Dios de la realidad.

El presente de la realidad tiene ciertos peligros que hemos de atisbar:

1.- El peligro de dejarse atrapar por la realidad y acomodarse a ella. La realidad es hermosa, en nuestra, nos alegra la vida. Quedémonos aquí y renunciemos a seguir escalando hasta la cumbre. ¿Para qué seguir preguntándonos si con tanta pregunta nos acaba doliendo la cabeza?

2.- El peligro de escaparse de la realidad. ¡Qué bien se está aquí, hagamos tres tiendas! Una buena sobredosis de espiritualidad, de heroína, de placer... y a olvidarse de esta realidad cruel que nos acompaña. Y para escapar mejor nos empeñamos en rejas, en muros, en clausuras mal entendidas, en silencios de cementerio para alejarnos de la realidad; como si la misión del místico fuera alejarse de ella en vez sentirse llamado a ella, a iluminarla, a humanizarla, a divinizarla. El místico no es un enemigo de la cotidiana realidad: es una realidad que se cuestiona.

3.- El peligro de situarnos ante la realidad y ante el horizonte existencial desde la cabeza, como una conquista puramente racional y humana, que no descubre la gratuidad, el amor infinito, la ternura. Una visión de la realidad que nos ata a la ley, a la ortodoxia, al dogma, al derecho, pero nada más; no nos permite salir más allá a descubrir que la gratuidad existe y que sin amor todo es esterilidad. Caemos entonces en la intolerancia de los falsos místicos. Aquellos que han acotado la verdad en torno a su propia tienda. “Si me falta el amor nada soy” La mística no es un camino que nos conduce a la falta de libertad, como si Dios quisiera acaparar nuestros sentimientos y nuestra voluntad para hacerlos suyos. Como dice esa canción: *como gotas de agua que se funden en el mar*. No, encontrar a Dios no es perderse, es encontrarse; no es fundirse es sentirse acentuado y reconocido, no es abandonarse sino decidirse y ponerse en camino, no es anularse sino crecerse para el amor.

¿Qué es entonces un místico?

El que termina siendo profeta. En Vita Consecrata, 84, hay un intento bastante afortunado de definir al místico: *“El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios”* (VC, 84)

¿Cuándo podemos hablar de experiencia mística?

Cuando hay camino y proceso auténtico de fe. Cuando hay en nosotros un amor ardiente y una pasión encendida que nos arrastra a dejarnos seducir. *“Me sedujiste, Señor y me dejé seducir, me forzaste, me pudiste”* (Jr 20, 7)) Cuando nos ponemos en actitud de búsqueda y de encuentro sabiendo que nunca lo encontraremos nosotros sino que se nos hará presente en el camino, como a los de Emaús. Siempre en medio de una niebla intensa:

“Así voy yo, borracho melancólico, guitarrista lunático, poeta, y pobre hombre en sueños, siempre buscando a Dios entre la niebla. ...” (A. Machado)

Ah, ¿pero entonces la mística no consiste en hechos extraordinarios que le ocurren a muy pocos privilegiados y a los que no podemos acceder el común de confesores? No, no hay castas de místicos. En ese caso habría hombres y mujeres protagonistas en la experiencia de Dios y otros simplemente espectadores. Todos los seres humanos somos capaces de alcanzar una actitud mística ante la vida y de ponernos en camino hacia la experiencia de Dios, a pesar de nuestras noches: *“En una noche oscura, con ansias en amores inflamada, oh dichosa ventura, salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada”* En cada hombre hay un místico en potencia. Y en cada místico hay necesariamente un hombre.

No hay privilegiados que pueden llegar al monte Horeb y ver a Dios. Hasta Moisés se tapó la cara por miedo a verlo.

El camino de la mística es un proceso de búsqueda y encuentro que nos lleva de la mano de la fe a pasar el puente de la humanidad hasta sentirnos convocados a la otra orilla. Esa orilla donde ya no nos preocupa tanto vivir como dar vida, potenciar la vida. Se trata de pasar de ser consumidores de la vida a distribuidores de la vida porque la percibimos como pura gratuidad. Se trata de ponernos en camino, la diferencia entre los místicos y los que no lo son está en saber o no ponerse en camino. *“que importa mucho, y el todo, una grande, y **determinada determinación**”* (Santa Teresa. Camino de Perfección, cap, 21, 2)

Mística y vida consagrada

Ser consagrados es, en el fondo, apostar por la poesía. Decía Machado que él era poeta por la gracia de Dios y por el cultivo de la técnica. Eso mismo le sucede al consagrado. Ser consagrado significa estar dispuestos, por amor y por gracia, a reservar un espacio amplio de uno mismo para Dios donde no sobra nadie sino que caben también los hermanos. Ese espacio acaba habitándolo siempre Jesucristo, porque por él nos ha llegado la gracia y la verdad (Jn. 1,17) Un espacio que ha de estar sembrado de afecto, de amor humano intenso y encarnado. No es un terreno acotado ni vedado; es un terreno

compartido y regalado porque es de Cristo y Él es pura donación. Un terreno que hemos de recorrer, como dijimos al principio, en actitud de peregrinos. Por eso todo consagrado anhela ser místico.

En este mundo en que nos ha tocado vivir, apasionante e inquietante, no resulta fácil entender que alguien quiera ser místico y profeta. Resulta más fácil serlo que pretenderlo. En el fondo se trata de vivir de manera alternativa, contracultural, en una cultura que nos llena pero no nos satisface, que nos embauca pero no nos convence. Que nos conduce a una vida llena pero no acaba de hacerla plena, como ha dicho el encuentro de Vida Religiosa de Madrid. Es en el fondo una especie de protesta informal contra un sistema que nos lo regala todo menos lo que anhelamos, que nos invade de ofertas pero no nos ofrece lo que necesitamos, que pone precio a todo pero no nos presenta en ningún escaparate lo gratuito. Y acabamos sintiendo la misma amargura que sentimos cuando vamos de compras a las rebajas y salimos pensando que hemos comprado incluso lo que no necesitábamos.

Hace falta como nunca cultivar una cultura contemplativa entre nosotros que nos redima del exceso de estímulos, de ruidos, de ofertas, de propaganda; que nos separe un poco de la orilla del más acá para poder avanzar a la orilla del más allá sin renunciar al vacío que cada puente alberga sobre su arco. Hay sobredosis de ofertas, pero escasea la gratuidad. Al final nos puede el marketing y nos avasalla la propuesta consumista y dominante.

A lo largo de la historia se ha producido una dicotomía curiosa entre místicos y profetas. Hay una fuerza oculta que tiende a separar o a dividir lo que forma parte de una misma realidad. No en vano hemos clasificado a la Vida Religiosa entre contemplativa y activa. Es decir, aquella Vida Religiosa que cultiva más la mística (encuentro personal e íntimo con Jesucristo) y aquella que está más en función de actuar como Él actuó: vida apostólica.

A medida que nos acercamos a un polo y nos alejamos del otro nos empobrecemos inexorablemente. ¿Qué puede aportar la mística –unión profunda con Jesucristo- si nos aleja de vivir y actuar como él vivió y actuó? ¿Qué puede aportar la vida activa o apostólica si nos aleja, a fuerza de desgaste y de actividad, de ese encuentro personal e íntimo con quien es la fuente de toda espiritualidad? Una vez Marta y María se enfrentan o se encuentran. Sin duda la amistad con Jesús es lo más significativo de ellas por encima de sus opciones puntuales.

Se hace necesario recorrer un camino de encuentro entre mística y profecía en la Vida Religiosa. Ni la intimidad aislante ni el activismo agotador pueden explicar por sí mismos toda la hondura que expresa la vida en Cristo que se entrega por amor a la humanidad. Se podrán poner acentos distintos, distinguir matices pero no renunciar al auténtico color del compromiso cristiano que contempla a Dios en la humanidad pobre y a la humanidad pobre en el misterio de Dios.

Por suerte ya se está perdiendo la etiqueta divisoria entre hombres y mujeres al referirnos a los distintos acentos de la vida consagrada. Tradicionalmente parece que la contemplación estaba reservada a las mujeres y la acción a los varones, con algunas excepciones. Pero la Sagrada Escritura y la tradición nos han abierto los ojos para descubrir a mujeres llenas de dinamismo que salen a las calles de la vida para ser apostólicas, y varones que han buscado la soledad y el silencio para cultivar con hondura la experiencia de Dios.

Hay una vida consagrada única más allá del sexo que quiere ser cada día más de todos, con menos fronteras y exclusiones. La vida consagrada es cada día con más fuerza **casa y sendero**.

Casa donde vivir la intimidad del misterio de Dios, donde acoger a los hermanos y a los lejanos, hogar donde se celebra la misericordia y la fiesta del pan compartido. Casa de Marta y María donde se cultiva la amistad. “*Jesús quería mucho a Marta, a María y a Lázaro*” (Jn 11, 5)

Sendero que nos lanza a buscar nuevos horizontes y a encontrarnos con la humanidad que camina, rota, herida y cansada, para ofrecerle un espacio de sentido y de esperanza, un poco aceite y vino para curar las heridas. Sendero de Jerusalén a Jericó. (Lc 10, 30)

Profetas y místicos, dos ruedas de la misma carreta.

Éste es un tiempo magnífico para los místicos y profetas.

Yo he empezado a hablar de místicos y profetas como si fueran lo mismo; y es que estoy convencido de que lo son. No hay místicos y también profetas, no.

Hay profetas místicos y místicos profetas pero no se dan por separado. Son las dos caras de una misma moneda. No son la misma rueda pero sostienen y ponen en camino la carreta de los hombres y mujeres de Dios.

El místico quiere sentir y vivir la realidad a tope, estrujarla con sus propias manos para extraer de ella lo mejor, que Dios la habita y la habita para darnos vida y vida en abundancia. Y cuando vive esto con profundidad necesita aprender a decir sí y aprender a decir no. Sí a la vida que Dios habita y no a la muerte que todo lo deshita. Ya estamos metidos de lleno en la profecía. El profeta es un místico que no está dispuesto a callarse. Aunque le tapen la boca, aunque le prohíban publicar sus libros, aunque le censuren en un documento oficial, no puede callar porque de lo que rebosa el corazón habla la boca. Y callar sería claudicar.

No podemos, aunque alguien nos lo exija, renunciar a la profecía a no ser que renunciemos a ser místicos, pero para ese viaje no hacen falta alforjas.

Da la impresión de que por ahí, en la calle, nos quieren a todos místicos pero sólo místicos, o al menos imbuidos de una mística paralizante. Los consagrados que se dediquen a lo suyo, entendiendo por lo suyo lo que no es: la sacristía, la fuga mundi, el estado de perfección, la espiritualidad alejada y desencarnada de la vida, el funcionariado. Pero no nos quieren a los consagrados ejerciendo de profetas porque esto tiene sus peligros. El profeta es siempre alternativo, rupturista, cuestiona la estructuras, discrepa de la autoridad, no resulta cómodo. Por eso las estructuras tienden a silenciarlo. Y, por desgracia, lo estructural está inflacionado en el presente de nuestra Iglesia.

Pero, claro, si un místico no es profeta, tampoco es místico y si deja de ser místico sólo sirve para ser tirado fuera y que lo pise la gente. Nadie puede pedirle a los místicos que dejen de ser profetas porque es como pedirles que dejen de ser. Y esto, en nuestro tiempo, se nos está pidiendo todos los días. La vida consagrada, la vida mística no puede dejar de ser crítica y alternativa, es decir profética.

Cuando la vida consagrada, apoyada en posturas supuestamente proféticas pasa del actuar con la Iglesia a actuar contra la Iglesia, como sugiere la instrucción pastoral: Teología y secularización, de la Conferencia Episcopal Española, entonces es que ha dejado de ser mística y por tanto no merece la pena.

La mística auténtica está necesariamente al servicio de la comunión, aunque no de la uniformidad.

Pero si la vida consagrada opta por ser mística necesita ser necesariamente crítica y profética y, en este sentido, no acaban de entenderse mucho esas palabras que la instrucción citada afirma de la vida consagrada:

Supone un reduccionismo eclesiológico concebir la Vida Consagrada como una “instancia crítica” dentro de la Iglesia. (nº 47)

Evidentemente la vida consagrada no puede ser sólo una instancia crítica, ha de ser sobre todo una instancia mística y comprometida, pero tampoco puede dejar de ser crítica si quiere ser ella misma. Y además los hombres y mujeres de la Iglesia deben agradecerlo y exigirlo a la Vida Consagrada, así lo ha reconocido siempre el magisterio de la Iglesia: *“En nuestro mundo en el que parece haberse perdido el rostro de Dios es urgente un testimonio profético por parte de las persona consagradas”* (Vita Consecrata, 85)

Por eso ya escribía yo, antes de la publicación de la citada instrucción: *“La vida religiosa, en su dimensión carismática, no puede dejar de ser instancia crítica, dentro de la Iglesia, y en las fronteras del mundo al que ha sido enviada. Y eso significa alentar y acompañar todas las voces proféticas que puedan ir surgiendo en el seno de la vida consagrada”* (Alejandro Fernández Barrajón, La dimensión profética de la vida consagrada. CONFER. Volumen 45, nº 174. Abril junio 2006. Madrid)

La vida monástica

Hablar de mística en la vida monástica parece oportuno según la concepción tradicional de la mística, pero hablar de profecía en la vida monástica parece más extraño, y aún más si hablamos de la vida mal llamada de clausura. Por suerte la palabra clausura está ya perdiendo terreno a la hora de designar a las consagradas y consagrados monásticos. Ojalá incluso pierda su condición de voto en algunas de nuestras hermanas porque no parece tener una categoría suficiente para serlo. Yo al menos así lo percibo.

Los primeros monjes que se retiraron al desierto, no precisamente a la clausura, no descuidaron su condición profética. Realmente fueron capaces de impactar a la sociedad de entonces y generaron una conciencia muy fuerte de discernimiento en toda la sociedad simplemente por sus actitudes personales. No sólo por sus decisiones originales y extrañas a la hora de vivir su fe, como los reclusos, (En celdas) los idiotas, (Pasando por locos) los destechados, (En casas sin techo) los pastores (A cuatro patas) sino sobre todo por la radicalidad de su estilo de vida en función de buscar a Dios y de vivir en exclusividad para Él.

Las primeras monjas, con Pío V y el Concilio de Trento, que aceptan la imposición de la clausura lo hacen también para llamar la atención sobre la radicalidad que supone el seguimiento de Jesús y poner a Dios como centro de la propia vida. No aceptan la clausura porque sí, sin asumirla como un valor, sino como un medio para anunciar y denunciar que Dios debe ocupar el centro de la vida y merece la entrega total de quien le ha descubierto y le ama. Y la clausura supuso un impacto valorado por la gente que transmitía una profunda lección espiritual. No era un fin en sí mismo sino un medio para llegar a la gente, para transmitirle su mensaje, para compartir esa experiencia profunda de Dios. No queremos pensar que la clausura es un acto de desconfianza hacia el mundo o hacia los hombres, un sistema de seguridad que nos preserva de lo dañino,

una manera segura de no contaminarnos con todo lo que pasa por la calle. La clausura, entendida así, sería antievangélica y pasaría de largo ante el hombre caído como el levita o el sacerdote de la parábola.

Y hoy, la vida monástica no puede renunciar al mismo objetivo: ser impacto de Dios en un mundo que se aleja de Él. Esto significa replantearse las estrategias para conseguir estos fines. Cuando las estrategias empleadas no sirven a los fines propuestos es necesario cambiarlas, acomodarlas, reformarlas, para que no se conviertan en lastre de la historia vaciado de vida y de contenido.

¿Por qué digo todo esto? Porque estoy convencido de que la vida monástica no puede renunciar a su condición profética y crítica en medio del mundo y de la Iglesia si quiere ser fiel al carisma original que supone la contemplación y la mística.

Yo creo que la vida monástica es un precioso tesoro cuando no se esconde y se encierra. Y que cada día los cristianos hemos de ser más místicos si queremos saborear en plenitud la propuesta del Evangelio: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré.*

Aquí está uno de los grandes desafíos de la vida monástica en los próximos años; ser o no instancia profética en medio de los campos y ciudades donde está inserta para que su mística sea encarnada, útil, auténtica. ¿Alguien puede entender hoy una vida monástica al margen de los desafíos que nos lanza la injusticia, la guerra interesada, el hambre de los humanos, la explotación de los niños y las mujeres? ¿Los consagrados monásticos tienen que callar ante estas realidades lacerantes porque lo suyo es estar al margen del mundo?

Seguirá habiendo una vida monástica que absolutiza el silencio y la fuga mundi, que no quiere ser profética y crítica, que quiere ser sumisa y obediente a ciegas, pero irá siendo cada vez menos mística hasta apagarse inexorablemente. Aquello que deja de ser significativo en la sociedad de hoy, que se instala en la espiral del silencio, dejará de existir aunque exista.

Surgirá, sin embargo, -ya está en medio de nosotros- una vida monástica enraizada en la mística y que, por ello, no renunciará a la profecía que seguirá siendo útil y necesaria. Aunque eso suponga- y lo supondrá- quitarle protagonismo a aquello que no lo tiene en la dimensión mística; las rejas, la clausura, la fuga mundi, la ausencia de relación con el entorno, la espiritualidad desencarnada.

Hay una vida monástica en sus formas más arcaicas que es ya presa del tiempo, que ha roto los odres viejos y no puede contener el vino nuevo de la esperanza. Todas las formas de vida consagrada del pasado han sido superadas por la inmediatez del presente y nos tememos que éstas de hoy que se resisten a la renovación que la Iglesia y la reflexión más actual de la vida consagrada piden se verán abocadas a lo mismo. ¿Pero y si tienen vocaciones aún? Habrá que ver si son vocaciones maduras o escapadas hacia atrás y si no son pan para hoy y hambre para mañana.

Una vida monástica que necesita ser ella misma más que nunca. En el caso de las mujeres habrán de conquistar su propia libertad y trazar libremente sus caminos al margen de condicionantes masculinos impuestos y cada día menos queridos por ellas. En comunión con los pastores, evidentemente, pero empeñadas en ser ellas mismas protagonistas de su camino y ejecutoras de sus propias decisiones. Hay un paternalismo insano todavía que impide un auténtico crecimiento espiritual. Un paternalismo que algunas no desean superar porque les aporta seguridad y las exime de responsabilidad, pero un paternalismo que nunca las dejará ser verdaderamente proféticas.

Lo hemos aprendido del místico y profeta Jesús de Nazaret.

Nadie podrá argumentar contra la condición profética de Jesús. Él tomó una actitud profética, porque era un místico, y se convirtió en propuesta alternativa y crítica aguda e incasable a la cultura religiosa y social de su tiempo. No se evadió de la realidad, por el contrario se encarnó hasta el fin, no renunció al cultivo profundo de su filiación y de su espiritualidad; al contrario hizo de la oración y del silencio su morada esencial para leer la realidad, para tomar decisiones firmes y valientes y para resistir en las pruebas innumerables que la vida le deparó. No fue un funcionario de lo sagrado, ni un falso místico de sacristía. Se lanzó a los caminos y habitó en el desierto consciente de que desde allí se podía vislumbrar más clara su misión y su vocación, la voluntad del Padre sobre Él. No fue un hombre del templo, aunque visitó el templo; no se quedó atrapado en las palabras aunque sus palabras son de las más hermosas y coherentes que hemos oído nunca, no se refugió en los muros cerrados de la mentalidad de sus propios discípulos, ni en el cenáculo de Jerusalén, sino que subía a la ciudad y hablaba libremente; no se instaló en el Tabor sino que bajó hasta el valle y con su saliva tocó los ojos del ciego y le devolvió la vista como signo de que actuaba en nombre de Dios, y que Dios no sólo perdonaba los pecados sino que curaba las carnes dolientes e infectadas por la lepra.

No entenderíamos a Jesús al margen de su condición profética.

No podemos entender la vida consagrada sino desde una imitación apasionada de Cristo. Así lo atestigua *Perfectae Caritatis* cuando afirma que la norma última de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo. ¿Estaremos haciendo algo bueno cuando se nos pide en muchas instancias del mundo que renunciemos a la profecía, que nos encerremos en la sacristía, que no hagamos política (La de la polis, por supuesto) porque no es lo nuestro?

De Jesús nos impresiona, sobre todo, su humanidad. Su divinidad la damos por hecha en cuanto enviado del Padre. Por eso San Juan insiste en que se encarnó, (Jn 1, 14) y San Pablo que no hizo alarde de su categoría de Dios...se despojó pasando por uno de tantos... en todo igualmente a nosotros menos en el pecado. (Filipenses, 2, 6-8)

El relato de su vocación en Nazaret es toda una declaración de su profetismo vivo y encarnado. Ahí nos sentimos todos convocados por Él. (Lc 4, 21)

Tenemos nosotros el peligro de ser identificados con los que hacen política o convierten el arte de la política en negocio y sufrimiento. Sí, Jesús también fue acusado de eso, de soliviantar, de crear desórdenes, de alterar el sistema dominante. Es un riesgo que ha de asumir el profeta, el místico, si en verdad quiere seguir siéndolo. Todos los sentidos de Jesús se ponen en disposición de anunciar el Reino. No sólo se encarna haciéndose hombre; se encarna también metiéndose hasta el cuello en las realidades humanas más hirientes. Jesús se decanta por la compasión y la misericordia. Ésa es su mística; ésa es su profecía.

Y por su condición de profeta fue condenado y ajusticiado. He aquí otra dimensión ineludible de la auténtica profecía: la condición martirial. La profecía aboca al martirio y el martirio es consecuencia de la profecía.

El profeta es el que habla al mundo de Dios y el místico es el que habla a Dios del mundo. Abraham se convierte en defensor de su pueblo frente a Dios y en defensor de Yavé frente a su pueblo. Mística y profecía se dan la mano en el auténtico profeta para acabar en el martirio: Moisés no consiguió entrar en la tierra prometida.

Ha pasado ya el tiempo de las vocaciones asépticas y sin mordiente. Necesitamos vocaciones reconciliadas con la mística y la profecía.

La misión profética de la Vida Consagrada.

Dice, con mucho acierto, Joseph M. Abella, CMF que “*liberar la profecía es una dimensión fundamental de la Vida Consagrada hoy y lo ha sido siempre*” (Joseph. M. Abella, CMF. Liberar la profecía. La solidaridad en un mundo de excluidos. CIRM Informativo. Año XLV Número 5. Septiembre-octubre. 2005)

¿Qué significa liberar hoy la profecía?

- Despertar la dimensión profética inherente a la vida consagrada y promocionarla en todos los ámbitos de la vida consagrada. Más vida consagrada sin profetismo puede ser apostar por una vida consagrada desilusionante para todos, menos mística y sin chispa, como la sal que se ha vuelto sosa. Nuestra vida tiene que estar realmente llena de vida y nuestra consagración ha de ser verdaderamente consagrada.
- Apostar por la justicia, la paz y la integridad de la creación. Ya no se entiende una vida consagrada al margen de este compromiso militante por la justicia y contra los intereses de las guerras, las terribles desigualdades y la falta de oportunidades para capas tan extensas de la humanidad.
- Denunciar una espiritualidad desencarnada y obsesionada exclusivamente por la doctrina. La doctrina no salva, salva el amor. Las palabras ya no convencen, aunque sean impecables, convencen los testigos. Una espiritualidad alentada e iluminada por la Palabra, por la lectio divina, por la lectura creyente de la vida y de la historia realizada en cada comunidad.
- Creer en la libertad de los hijos de Dios y comenzar a apostar por ella en la propia casa. Ningún ámbito sin libertad merece hoy la pena. Y la libertad tiene que tener rostro y materializarse en la expresión, en las actitudes, en la reflexión, en el encuentro. El resultado del último estudio de la Fundación Santa María es un mal síntoma de que algo no funciona dentro, en el ámbito de los hombres y mujeres de iglesia, y que necesitamos una seria autocrítica que, por lo que se ve, no estamos muy dispuestos a hacer. Y vamos perdiendo terreno y oportunidades que tal vez ya nunca podremos recuperar. La vida consagrada tiene que entrar cuanto antes en el santuario del santo discernimiento para descubrir a qué somos fieles, a quienes somos fieles y a Quien tenemos que serlo de verdad. Para entender que si algo no marcha bien, si no estamos satisfechos completamente, seguramente es por causas determinadas que tenemos que detectar y trabajar. No es pura casualidad coyuntural. No nos fallan las piezas de la carrocería; nos ralentiza el motor. Necesitamos una etiología urgente.
- Apostar definitivamente por la igualdad porque *ya no hay hombre y mujer, esclavo o libre, sino que todos somos uno en Cristo Jesús*. Una igualdad que ha de notarse sobre todo de puertas adentro para que seamos creíbles. Hay todavía cuestiones lacerantes entre nosotros marcadas por el sexo que nos dividen, nos separan y nos enfrentan.
- Las pobrezas y los lugares de fronteras son nuestro lugar natural, el lugar donde ha nacido y crecido la vida consagrada. El ámbito natural donde se ha desarrollado con más fuerza la santidad. Apostar por estos mundos marginales, cerrados al futuro, sin papeles, sin dignidad, es una actitud coherente de los profetas que siempre han

defendido a las personas frente a los sistemas económicos y las instancias del poder. Las decadencias más fuertes de la vida consagrada coinciden de manera sospechosa con el alejamiento de los pobres y la acumulación de riquezas y encomiendas. Así sucedió en el siglo X hasta la llegada de Cluny, en el XIV, en el siglo XIX y en los tiempos previos al Concilio Vaticano II. No podemos dejar que nuestro tiempo sea de nuevo para la decadencia.

- Apuesta por lo inter. Lo estamos oyendo de manera coincidente en todas las reflexiones serias que se están haciendo sobre la consagrada hoy. En el congreso de vida consagrada de Roma, en el Encuentro nacional de vida religiosa de Madrid...
- Trabajar con mucho empeño la dimensión humana de la vida consagrada. No hay consagrado auténtico que no sea humano. Sólo siendo humano se logra entrar en las estancias de la divinidad. Las relaciones fraternas y cálidas han de acompañar la vida consagrada del presente milenio como expresión creíble de que el Señor acompaña nuestras vidas. La mística y la profecía se desenvuelven sobre todo en las relaciones profundas de encuentro y de afecto. La comunidad es el ámbito por excelencia de la presencia de Dios y de la escucha de su voluntad. Dice José María Guerrero (Con quien he tenido la suerte de estar recientemente) *“sueño una vida religiosa que se convierta en profecía interpelante de comunidad para todos y todas, en medio de un mundo desgarrado por rivalidades y violencias de todo tipo y que sea como la matriz de la que nacen y llegan a plenitud hombres y mujeres liberados de sí mismos, de su cerrazón, de sus egoísmos, de sus desalientos, de todo lo que retiene al hombre y a la mujer en su esclavitud, unificados y serenos, gozosos en la espera del futuro, hermanos de todos los hombres y mujeres del mundo”* (JOSE MARÍA GUERRERO. ¿Qué vida religiosa está naciendo? CLAR. Año XLIV. Nº 1. Enero-marzo 2006. Pág 59)

La mística y la profecía no son propiedad de la Iglesia, son dones que pertenecen en exclusiva al Espíritu de Dios.

Hay una tendencia insana en la historia a encerrar a los místicos, a controlar a los profetas, a domesticarlos para que no se salgan de la ortodoxia o del estatus dominante. Hasta tal punto que la profecía y el martirio se dan la mano con suma frecuencia.

Pero nadie ha podido nunca enjaular al Espíritu que es como un “viento que sopla y nadie sabe adónde va ni de dónde viene”.

Con K. Rhaner recordamos que *“el cristiano del futuro o será místico, es decir una persona que ha experimentado algo, o no será cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previo a la experiencia y a la decisión personales”* (K. RHANER. Escritos de espiritualidad antigua y actual)

La vida entera, en todos sus rincones y avenidas, calles y plazas, está llena de místicos y profetas. Yo creo que todo hombre alberga en su corazón, aunque no siempre esté cincelado, un místico y un profeta.

Los hay en el mundo de la política cuando prevalece el bien de los ciudadanos y, sobre todo de los pobres, al interés partidista o egoísta que todo lo corrompe.

Los hay en el mundo de la economía cuando se pone a las personas por encima del capital aunque los intereses sean menores o deficitarios.

Los hay entre los ateos cuando actúan desde la coherencia y apuestan por los derechos humanos como norma de vida.

Los hay en las iglesias cuando son capaces de ver a Dios en los hombres y mujeres de la calle y no sólo en las instituciones y normas, en el cielo o en las indulgencias. Sí, a veces los hay también en las iglesias. Por desgracia en las iglesias hay más cristianos que místicos y hay más bautizados que profetas.

Hay muchos místicos y profetas a nuestro lado. Yo descubrí en mi infancia al primer místico y profeta en mi madre. Ella me mostró el rostro materno de Dios y me infundió principios de justicia y amor como no he encontrado nunca después en ningún manual de leyes.

Yo creo en la mística cotidiana, sencilla y encallecida. En la mística que anda en zapatillas y no hace ruido cuando pasa. En la mística encarnada y sufriente. La mística que no tiene tiempo sino que habita el tiempo.

No creo en la mística de espavientos y gritos, en la mística enjaulada y oficial, en la mística de los galones, en la mística purpurada y solemne. Porque esa mística anhela ser profética pero nunca lo consigue. Es una mística de oportunidad.

Hoy está de moda la mística evasiva e iluminada, esotérica y extraña, pero tiene los días contados porque no llena, no convence, no transforma. Es una mística de pasatiempo, consumo y espectáculo. Una falsa mística que no contempla la experiencia de Dios y no busca apasionadamente su presencia y su voluntad.

Los místicos y profetas son imprescindibles para nuestro tiempo. Sólo los místicos y profetas lograrán, a fuerza de empeño, humanizar y cambiar este sistema marmóreo e inhumano, materialista y utilitarista que nos doblega.

Sin la mística y la profecía las religiones se convierten en códigos morales, en propuestas de formas que no logran transformar el corazón y la mente según el corazón de Dios. Y así lo que estaba llamado a ser propuesta de vida acaba siendo pura ideología que no salva. La mística y la profecía cuando van de la mano nos rescatan de la mediocridad y del caminar sin rumbo para proponernos un horizonte luminoso y lleno de esperanza. Por eso es necesario instaurar, en la peana de nuestras iglesias -que es el mundo- la mística y la profecía.

Una nueva perspectiva

Los consagrados de hoy, alentados por la mística y la profecía, queremos recorrer un camino nuevo como hombres y mujeres creyentes que nos conduzcan al encuentro. No queremos ser maestros sino testigos, no queremos dirigir sino acompañar, no queremos proponernos como modelos del estado de perfección sino como compañeros arcillosos. Y en este deseo necesitamos arrojarnos de la mística y de la profecía.

No estamos solos en este camino de la historia, amenazado por los colores difuminados y las pobrezas extremas, nos acompaña el Espíritu de Dios, que es el protagonista del tiempo nuevo que queremos recorrer. Él suscita la experiencia gozosa del amor en nosotros y nos regala el carisma de la profecía para que nos sintamos parte de este cosmos redimido y resucitado, que hoy grita con dolores de parto, pero que dará a luz una nueva criatura cuyo nombre será justicia de Dios.

Estamos empeñados en buscar a Dios, en sentirlo tan cerca como sea posible, en celebrar su presencia y proponerlo como marco de sentido que nos seduce y nos vence porque la fuerza de su amor nos desarma por completo y nos hace suyos. La vida sin Dios nos parece un juego de azar donde siempre pierde el hombre. Nadie puede arrebatar nos este deseo innato de Dios, este valor que nos redime, esta experiencia que nos empuja a la felicidad. Es nuestra mística y la deseamos para todos.

Y desde esta experiencia de Dios que nos ha cautivado y transformado nos sentimos convocados a ser testigos. Un mundo nuevo según el corazón de Dios es posible. Y si

es posible ha de ser real ahora mejor que después. Este mundo nos convoca con urgencia y nos lanza a la profecía de un mundo nuevo. ¿Cómo callar ante la injusticia atroz de los hombres y mujeres sin dignidad, sin futuro, sin posibilidades, encharcados en la sangre de la guerra absurda y famélicos por sobredosis de injusticia? ¿Cómo callar? ¿Cómo dejar de ser profetas? Dejar de ser profetas en este contexto actual es lo mismo que ser cómplices.

Nos sentimos en sintonía con esa larga hilera de mártires, que han entregado su vida por fidelidad a Jesucristo, desde una callada y continua adhesión a Dios, y desde la coherencia profética que los ha lanzado a la calle, a la denuncia, al compromiso encarnado. ¡Son tantos y tan nuestros! Y no queremos que dejen de serlo.

Nuestra fe nos ha puesto en camino hacia un santuario nuevo, hacia un templo vivo y habitado por la humanidad, hacia el mundo, que es casa y sagrario de Dios.

Por la mística hemos sabido que nuestro Dios no es el de los ejércitos, ni el de las peanas, ni el de los templos vacíos, ni el de los cementerios. El Dios que habita nuestro corazón, aunque no tanto como deseamos, es el Dios de la vida y del amor ilimitado, el Dios que sufre en los sufrientes y goza en la felicidad de sus hijos, el Dios que se enfurece ante la injusticia y se vuelve tierno como una madre ante las caricias. Es el Dios de Jesucristo, el Abba.

Y hacia esta nueva tierra queremos caminar los consagrados de hoy, con todos, sin dejar atrás a nadie, para que el evangelio sea creíble y querido, buscado y conquistado.

Carta a un místico contemplativo que no llegó a ser profeta.

Querido hermano Cándido:

Ayer te vi sentado en la penumbra del templo, apenas iluminado por la tenue luz de una lámpara, y me alegré.

En medio de esta vorágine que nos rodea, de ruido y de prisas, de papeles y ofertas, resulta reconfortante verte recostado en la esquina del silencio perforando con tus preguntas la realidad y anhelando el desierto de la soledad fecunda. Parece un camino sabio, como decía Fray Luis de León, el nuestro, el místico de mazmorra y profeta de la universidad: *Qué descansada vida la del que huye el mundanal ruido y sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido!*

Y quise saber si tu silencio era fecundo o desértico, creyente o ateo, porque de todo se cuece en la viña del Señor. Y te seguí. Caminabas por el claustro del monasterio con paso decidido. Y de la capilla fuiste a la celda, y a la huerta, y al refectorio y de nuevo a la capilla.

Pero pude ver que no veías más allá de la reja que te separa del mundanal ruido los rostros famélicos de los niños de Etiopía y Sudán. Y pude oír que no oías los llantos dilatados y los gritos de horror que en estos últimos días se elevan hasta Yavé desde el viejo Líbano, la tierra bíblica de los cipreses y los cedros. Y pude sentir que no sentías el agujón clavado de la injusticia y de la desigualdad en tres cuartas partes de la tierra que habitamos, la nuestra, la única.

Tal vez por eso tu oración callada en la penumbra del templo, iluminada por la tenue luz de la lámpara, era aséptica y no la acompañaba el llanto. Tal vez por eso te levantaste excesivamente sereno y tranquilo cuando acabó tu oración, como si no hubiera pasado nada. En realidad no había pasado nada.

Tal vez por eso no percibí ningún reproche en tu mirada, ni tu voz se levantó desafiante, ni apretaste los puños con rabia después de haberte puesto delante del Dios que se compadeció porque el clamor de su pueblo oprimido en Egipto se había elevado hasta Él.

Tal vez por eso he dejado de admirarte y de mirarte y un muro de indiferencia se ha levantado entre los dos más ancho y largo que el muro de tu monasterio.

Tú seguirás rezando en el silencio de la oscuridad del templo, apenas iluminado por la tenue luz de una lámpara, pero yo pasaré de largo hacia otra tierra más encendida y compartida donde habite la justicia.

No te juzgo, no te condeno, simplemente no te necesito.

No te necesito si no nos necesitas; no te propongo si no lees cada día el periódico de la vida para llevar a la oración la realidad más hiriente y cercana que nos toca vivir y trabajar. No te necesito si el muro que rodea tu viejo monasterio es un muro de huida, de refugio, de miedo, de separación, como el muro de Melilla, de Jerusalén o de EEUU en la frontera de México, en lugar de ser espacio de presencia y de encarnación. No; el muro de la vida contemplativa es solamente el símbolo de una opción radical, profundamente cristiana, para disfrutar de esa tierra virgen en nosotros reservada únicamente para Dios que nos lanza a entretejer nuestra vida de nombres. Es un muro para interpelarnos y no para separarnos; para provocarnos y no para alejarnos. Es un muro para conquistarnos y no para excluarnos.

A lo lejos se oye el rumor de las campanas convocándote a la vida. ¿A qué vida te convoca?

Si te convoca a una vida segura y tranquila, cumplidora y cómoda, silenciosa y desentendida, no me interesas. Si tu vida se reduce a una liturgia bella pero instalada en la rutina, a un culto centrado en el propio culto, a un espiritualismo castrante y adormecedor. Si tu latido no acelera el corazón de la Iglesia para sentirte urgido a anunciar a Jesucristo con toda tu fuerza y valor, no interesas, hermano contemplativo. No te interesas ni a ti mismo.

Si tu opción contemplativa no te impulsa a dialogar con el mundo, a encontrarte con la ciencia y la belleza, a promocionar una Iglesia mediación más cercana a las luces y sombras de nuestro pueblo, serás cómplice de un invierno eclesial frío y oscuro.

Tú eres un explorador de lo infinito, un testigo de una misericordia que no conoce ocaso, un apasionado de lo divino que no quiere dejar de ser humano.

Tú eres un payaso de la utopía, la necesaria utopía que nos rescata cada día del más atroz hastío. Tú eres el piso piloto de la esperanza si te empeñas cada día en tocar a Dios con tus manos, con tus labios, con todos tus sentidos, para convertirlo en gratitud regalada.

Tú eres, cada día más, la propuesta necesaria, imprescindible, para que se mantenga encendida la pequeña lámpara de la ingenuidad.

Tú eres la paradoja permanente, el balbuceo espiritual, el deseo desenfrenado de buscar a Dios y amarlo con pasión.

Tú eres el barro insuflado, la greda modelada, la vasija quebradiza que alberga una luz más intensa que el alba.

Tú eres, sobre todo, la experiencia que no encuentra palabras suficientes porque todas son incompletas para expresar tanta inmensidad como se nos ha regalado.

Tú eres también noche oscura y niebla intensa, pero siempre vocación amanecida.

Y ahora que el invierno parece instalarse en el caminar de los creyentes, disfrazado de modernidad y seguridades, de autosuficiencia y relativismo, de orgullo y de materialismo, ahora precisamente nos haces más falta que nunca.

Hermano/a místico y contemplativo lo mejor que puedes regalarnos es que no dejes de ser lo que eres. Ofrécenos el vaso de agua fresca de la novedad que el Evangelio tiene. Ahora que la sed es el apellido del mundo. Porque el Evangelio guarda virgen una novedad por estrenar.

Ofrécenos a un Dios afectivo y sensible porque el joven de hoy tiene abierta una herida de afecto que le perfora, una herida familiar, de cambios profundos e imprevistos, de culturas fragmentadas y superficiales.

No olvides que el aislamiento es una enfermedad, una carencia. No olvides que la incomunicación hace científicamente inviable la vida. La soledad fecunda es la que apuesta por la comunión, por el encuentro, por la diversidad...

La mística de tus claustros se apoya en la clave de bóveda de un Dios que nos ama sin límite. Llena tus espacios y tus tiempos de una experiencia profunda de Dios y déjanos verla y sentirla, celebrarla y saborearla contigo para que nuestros fantasmas y miedos se alejen. Regálanos tu tiempo a nosotros que no tenemos tiempo.

Porque al final, la vida sin mística es vida sin calidad, sin retos, sin horizontes... una vida para consumirse y no para celebrarse.

Y hoy, hermano/a contemplativo necesitamos urgentemente celebrar que hay vida abundante para todos.